Artesanías Choibá

Manos de mujeres que resisten

Investigación y compilación
Adriana Marcela Villamizar Gelves, Natalia Quiceno Toro, Andrea García Becerra, Ana María Henao Buitrago, Isabel González Arango, Camila Salamandra Arriaga.

Fotografía
Federico Ruiz - http://federicoruiz.com/
Adriana Marcela Villamizar Gelves
Natalia Quiceno Toro

Corrección de estilo
Miguel Botero

Diseño y diagramación
Alicia Reyes Londoño
Valentina Neira Yepez

Con apoyo
Universidad de Antioquia, Fondo Primer Proyecto CODI Vicerrectoría de Investigación, Vicerrectoría de Extensión (Buppe Innovación Social), Unidad de Innovación, Instituto de Estudios Regionales, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, Pontificia Universidad Javeriana, Artesanías Choibá, Artesanías Guayacán, Seglares Claretianas Medio Atrato, Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, COCOMACIA, Cantadoras de Bojayá, Pastoral Social Diócesis de Quibdó, Fundación Universidad de Antioquia.

ISBN
Impreso: 978-958-5596-03-0
Digital: 978-958-5596-04-7

Impresión
Impregón, https://impregon.com/

2019

www.iner.udea.edu.co

CC BY NC ND

Presentación

“Las mujeres negras han estado siempre presentes en las luchas por la liberación y por la dignidad de los pueblos afrodescendientes en las américas. Su papel activo en las reivindicaciones afrodiaspóricas se ha reconocido algunas veces, mientras que otras se ha invisibilizado e incluso negado. En Colombia es necesario reconocer los múltiples aportes económicos, políticos y culturales que han hecho y hacen las mujeres negras a la imaginación y construcción de la vida y nuevos mundos. Esfuerzos por reconocer y teorizar estas prácticas son evidentes en los trabajos de Mara Viveros, Juana Camacho, Nina de Friedeman, Aurora Vergara, Betty Ruth Lozano, Paula Balduino, Libia Grueso, Doris Lamus, Charo Mina, Natalia Santiesteban y un creciente número de mujeres negras lideresas, parteras, científicas, intelectuales e investigadoras que han expandido estas preguntas en diversas regiones del país y campos de la ciencia.

Estas historias son el resultado del proyecto *Caminos y cantos de lucha: trayectorias de mujeres Atrateñas* desarrollado desde el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia en alianza con la Universidad Javeriana de Bogotá y varios colectivos de mujeres en el Atrato: Artesanías Choibá, La Red departamental de Mujeres Chocoanas, La Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, Las Seglares Claretianas en la ciudad de Quibdó, y Artesanías Guayacán y el grupo de Cantadoras de alabados en el Municipio de Bojayá. El proyecto fue financiado por el Comité para el desarrollo de la investigación de la Universidad de Antioquia CODI desde el fondo apoyo a primer proyecto.

La propuesta central de este proyecto fue recopilar voces y recorridos de las mujeres Atrateñas para reconocer las formas y oficios desde los cuales se ha resistido a la guerra y otras violencias. En la reconstrucción de las trayectorias de los colectivos de mujeres en el Atrato se hacen evidentes las formas como los procesos de transmisión de saberes ancestrales tienen hoy continuidad más allá de los territorios de procedencia y se actualizan articulados a las luchas cotidianas.

Las Atrateñas crean constantemente nuevos planos temporales y espaciales de resistencia desde el canto, la organización, la defensa del territorio, el cuidado, el trabajo con la familia, el trabajo textil y la cocina. Sus múltiples posiciones para resistir a la guerra, al machismo a la explotación laboral, al sexismo, entre otros modos de opresión, nos interesaron como claves de lectura. Diversos modelos de organización y articulación aparecieron como alternativas para hacer visible el trabajo colectivo y la experiencia de las mujeres en este territorio.

Colectivos de artesanas, comisiones al interior de las organizaciones étnico territoriales, redes, comités y plataformas hacen las veces de arquitecturas para acoger y crear nuevos espacios donde las mujeres imaginan alternativas para la vida en medio de condiciones de precariedad y conflicto armado. Los caminos, ríos y lugares que se configuran en relación con las historias de estas mujeres son muy diversos, sin embargo, todas tienen en común un río, el Atrato.

Las trayectorias y movimientos de estos colectivos hablan de relaciones, pero no solo de relaciones con el espacio que se transita o los caminos que se recorren. Se trata de relaciones y trayectorias que hacen a las mujeres, configuran sus vidas, cuerpos y memorias. A su vez, esas relaciones crean lo que podríamos llamar "redes de cuidado" o redes de lucha. En el Atrato fue constante que una mujer nos llevara a otra, que de las organizaciones de víctimas o defensoras de derechos humanos pasáramos a un grupo de tejedoras y artesanas, a una mujer pescadora o una cantadora. Son redes que crecen a medida que los conflictos, despojos y amenazas en la región también crecen. Fueron muchas las mujeres que podríamos seguir contactando, conociendo y de las cuales podríamos seguir aprendiendo, pero tocaba parar, volver y hacer un zoom sobre algunas de estas historias para escuchar con atención lo que ellas nos enseñan.

En esta serie de cuadernos quisimos acercarnos a las historias de esos colectivos, pero a su vez privilegiar las voces de algunas de sus representantes, comprender cómo esas experiencias subjetivas se articulaban y hacían también los procesos organizativos. Sabemos bien que no todas están aquí retratadas, que faltan muchas historias por contar. Sabemos también que reconstruir las experiencias de las mujeres Atrateñas pasa por reconocer la diversidad étnica, el lugar de las mujeres indígenas y mestizas, sin embargo, este ejercicio constituye un primer acercamiento que evidencia la riqueza de sus trayectorias y lo poco que conocemos a las mujeres en el Atrato. Una motivación para continuar trabajando y, tal vez, seguir esta apuesta con nuevos colectivos, con mujeres jóvenes, mujeres indígenas y mestizas.

A la memoria de Marielle Franco por ser semilla de lucha de las mujeres negras en Latinoamérica.

Cuando estábamos escribiendo estas pequeñas historias sobre las luchas cotidianas de las mujeres negras en el Atrato fue asesinada en un acto de terror y exterminio político la concejala de Río de Janeiro Marielle Franco, una mujer negra, feminista, socióloga de las favelas de Río, luchadora incansable contra el racismo y el orden biopolítico que autoriza el extermino de la población negra. Ella, que optó con coraje por la vida pública, la política desde la primera fila, se negó a ser cómplice de la intervención militar decretada en la ciudad de Río de Janeiro a comienzos de 2018. Contra una vida militarizada luchó hasta que un arma, de ese gran aparato militar que es el Estado, acabó con la suya. Su legado está en cada mujer negra que sigue luchando por un territorio sin minas, un barrio sin tanquetas, un río sin bloqueos.

Y hoy, 2019, nos seguimos preguntando

Quem mandou matar Marielle?

A la memoria de Rosa Mendoza y Lucía Jiménez.

No debiera arrancarse a la gente de su tierra o país, no a la fuerza.
La gente queda dolorida, la tierra queda dolorida.
Nacemos y nos cortan el cordón umbilical. Nos destierran y
nadie nos corta la memoria, la lengua, las calores. Tenemos que
aprender a vivir como el clavel del aire, propiamente del aire.
Soy una planta monstruosa. Mis raíces están a miles de
kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares
y un océano. El sol me mira cuando ellas respiran en la noche,
duelen de noche bajo el sol.
Juan Gelman – Poema XVI "Bajo la lluvia ajena".

“Dicen que las manos de las mujeres todo lo pueden y no se detienen porque dan vida”.

Dicen que las manos de las mujeres todo lo pueden y no se detienen porque dan vida. Desde cuidar las semillas para la próxima cosecha y limpiar las lágrimas de un hijo o hija que tuvo una decepción, hasta construir casas de todo tipo de material y aguantar calores y fríos para preparar alimentos, esas manos que bien pueden ser mestizas, negras o blancas, grandes o pequeñas trabajan y trabajan para no dejar caer el mundo al que ellas mismas han dado la posibilidad de existir.

Las manos de las mujeres que conforman Artesanías Choibá conservan ese don. Ellas, que han llorado hijos, compañeros y familiares por la guerra, que tuvieron que abandonar sus tierras y ríos cuando a los unos o a los otros les dio por ocuparlos violentamente, que llegaron a una ciudad donde la única oportunidad para una mujer foránea era trabajar como “empleada doméstica”, tienen manos sin iguales que tejiendo, bordando y cosiendo, han remendado y rehecho su vida y la de sus familias.

Hace veinte años llegaron a Quibdó desde distintos rincones del campo chocoano y antioqueño. Huían de lo que otras manos, las de los grupos armados, habían destruido en sus territorios. Fueron a parar a un Coliseo que hizo las veces de casa y refugio, y allí se encontraron con otra mujer oriunda de un lugar mucho más lejano que, al enseñarles lo que sus manos podían crear con hilos, agujas y telas, les devolvió un poco de la dignidad y esperanza que les habían arrebatado. Hoy son un grupo de ocho artesanas tejedoras y un artesano que tienen su propio taller, enseñan a otras mujeres y jóvenes y elaboran productos como muñecas de trapo, camisas, implementos de cocina en tela, telones de memoria, entre otros elementos, para sostenerse económicamente y acompañarse en el devenir de los días. La siguiente es una narración de su trayectoria.

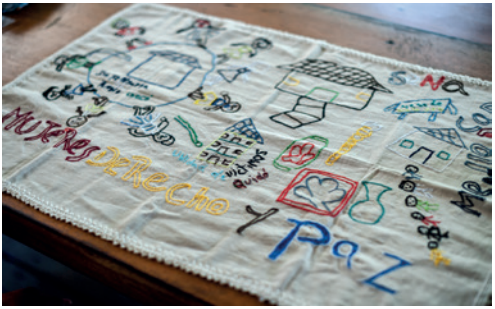
La toma del Coliseo

El 17 diciembre de 1997 alrededor de 280 personas desplazadas de varios municipios del Chocó y de la región del Urabá antioqueño se tomaron el Coliseo Municipal de Quibdó. Llevaban varios meses deambulando por la ciudad, tocando puertas y presentando acciones de tutela para que algún organismo estatal atendiera sus necesidades y, sin embargo, no habían recibido alguna respuesta efectiva. El único recurso que les quedaba para hacerse escuchar era la protesta.

En un primer momento la toma del centro deportivo logró sacudir los titulares de la prensa local y nacional. Muchas columnas y apartes de los periódicos se dedicaron a cubrir la problemática de "Los desplazados del Coliseo". De igual manera, el Sistema Nacional de Información sobre Población Desplazada por la Violencia en Colombia-RUT presentaba informes sobre cómo el suceso era una expresión de la crisis humanitaria por la que pasaban miles de personas que, por las acciones de guerra de las guerrillas, los paramilitares y/o el Ejército, se habían visto obligadas a abandonar sus territorios. Desde 1996 la región presenciaba un nuevo ciclo de violencia debido a la expansión agresiva que los grupos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Córdoba y Urabá (ACCU) protagonizaban desde el Urabá para apoderarse de la cuenca del Atrato y sus afluentes. Las operaciones militares Génesis y Cacarica a finales del siglo pasado serían famosas por la complicidad de las fuerzas oficiales para promover la entrada de los paramilitares al departamento del Chocó e implementar nuevas modalidades de guerra, como lo narra el portal Verdadabierta:

> Desde su base en Necoclí, los paramilitares iniciaron en 1996 la incursión al Urabá chocoano. Inicialmente, llegaron al casco urbano de Riosucio, donde se tomaron a bala la población. En febrero de 1997, continuaron avanzando y desarrollaron la Operación Cacarica, que consistió en atacar varias posiciones de las Farc en una amplia zona selvática bañada por los caños Cacarica y Salaquí, y que se coordinó, según 'El Alemán', con la comandancia de la Brigada XVII del Ejército, con sede en Carepa, que a su vez adelantó la Operación Génesis (Verdadabierta.com, 14 de junio de 2011).

Poco después de la toma llegaron al Coliseo diferentes organizaciones internacionales y locales como la Pastoral Social de la Diócesis de Quibdó a ofrecer servicios de atención en salud y alimentación. No obstante, la atención más esperada, la del Estado, nunca llegó. Pasaban los días y las personas instaladas en el centro deportivo no recibían ninguna respuesta clara sobre las posibilidades de retorno a sus municipios.


Mujeres de Che
Paz

La omisiva estatal causó que el albergue transitorio del Coliseo se convirtiera, poco a poco, en una casa permanente a la que cada día llegaban más y más familias. Y es que el constante arribo de botes y embarcaciones cargadas de gente con manos vacías y rostros de angustia a la capital chocoana no paraba, se había vuelto algo cotidiano. Fue tanto el aumento poblacional que entre 1997 y 2000 los desplazados ubicados en el Coliseo y otros lugares que también habían sido tomados como viviendas improvisadas, como La Cascorva, ya sumaban 2.492 (Sistema Nacional de Información sobre Población Desplazada por la Violencia en Colombia-RUT, s.f.).

Durante esos meses muchos procesos organizativos comenzaron a gestarse dentro del Coliseo. Diariamente se reunían comités de víctimas, campesinos y población afrocolombiana a evaluar cuáles podrían ser los pasos y las herramientas para llevar a cabo sus reclamaciones. Gran parte de estos grupos eran apoyados por los equipos de misioneros y misioneras de la Comisión Vida, Justicia y Paz (COVIJUPA) de la Diócesis de Quibdó, quienes no solo gestionaban recursos para subsanar las necesidades básicas, sino que también gestionaban espacios de formación y acompañamiento social y jurídico.

Entre las múltiples actividades de este tipo resalta la iniciativa de Úrsula Holzapfel, teóloga, psicóloga y misionera alemana laica, quien mediante clases de tejido inició un proceso de acompañamiento psicosocial con varias de las mujeres allí asentadas.

Y es que el constante arribo de botes y embarcaciones cargadas de gente con manos vacías y rostros de angustia a la capital chocoana no paraba, se había vuelto algo cotidiano.

“Entre las múltiples actividades de este tipo resalta la iniciativa de Úrsula Holzapfel, teóloga, psicóloga y misionera alemana laica, quien mediante clases de tejido inició un proceso de acompañamiento psico-social con varias de las mujeres allí asentadas.”

Eran los primeros días de diciembre y muchas de las mujeres desplazadas no encontraban trabajo. Hacía un año que estaban allí y su único sustento eran las ayudas humanitarias para el cubrimiento de las necesidades básicas. Fue entonces cuando llegó Úrsula con hilos, agujas y telas y motivó a las mujeres a ocupar sus manos y pensamientos.

La convocatoria no se hizo esperar. En el primer llamado se anotaron alrededor de ochenta mujeres que, sin saber las técnicas, se vieron atraídas por la idea de acompañar los días con otras actividades. Las primeras clases consistieron en aprender las puntadas básicas del tejido en crochet y costura para realizar los vestidos de muñecas de trapo que servirían como regalo de navidad para los niños y niñas.

Luz Romaña, una de las mujeres que comenzó en las clases, recuerda la transcendencia que tuvo esta actividad porque, por un lado, era la posibilidad de darles a sus hijos una pequeña felicidad en medio de tanta incertidumbre, y por otro, era pensar en otras cosas, en el futuro, y hacerse productiva en esos largos y desesperanzadores días:

> “Úrsula fue la que nos llevó eso, cuando estábamos en el coliseo que empezamos a hacer las muñecas, y esas muñecas empezaron por el desplazamiento para una navidad en la que no teníamos regalo para darle a sus hijos, entonces ella dijo que si queríamos hacer unas muñecas para hacerle el regalo a nuestros hijos, le dijimos que sí, y ya empezamos a hacer las muñecas, ella nos dio el hilo pa’ hacer las blusitas y nos dio todo el material, todo el material nos lo dio, lo único era que nosotras pues, para rellenar las muñecas, las rellenamos con papelitos de la calle, esas bolsitas, yo recogía las bolsas, las lavaba y, después de eso, nos sentábamos y las picábamos, bien picaditas”

Esa navidad y año nuevo tuvieron un buen término con la realización de las muñecas. Los niños y las niñas recibieron regalo y las mamás apenas cabían en la dicha por haberlo hecho con sus propias manos. Sin embargo, lo que fue para los pequeños un buen presente, era para las mujeres el aprendizaje de un nuevo oficio que cambiaría sus vidas.

“Además de ser una fuente de ingreso, las muñecas figuraban como una forma de denuncia de los hechos que habían sufrido como mujeres negras y mestizas desplazadas (...)”

El florecer de Artesanías Choibá

Ante una ciudad excluyente y discriminadora que pocas oportunidades ofrecía a los desplazados, once de las ochenta mujeres que hicieron las muñecas en diciembre se animaron a continuar con las clases al año siguiente. Aprender y acostumbrar las manos al nuevo oficio no fue fácil, como cuenta Luz, los dedos se lastimaban con la aguja "Estos dedos se nos ponían huecos y nosotras cogíamos un trapo y nos forrábamos el dedo bien enforraito y ahí buscábamos esparadrapo pa' poder seguir tejiendo, cogiendo la aguja, a mano". Aun así, el entusiasmo de aprender nuevas cosas les dio la paciencia para continuar. Además, reunirse era la posibilidad de no estar solas, de comunicar los miedos que no cesaban después del abandono de sus tierras; los recuerdos de los desplazamientos forzados desde Riosucio o el Carmen de Atrato, la salida repentina de la casa natal en Carepa y las muertes de los familiares, eran experiencias que ya no se contaban secamente en espacios institucionales para exigir incansablemente alguna ayuda humanitaria, sino que se lloraban en conjunto en un saloncito caluroso, tejiendo y cosiendo durante toda una tarde.

Por su parte, Úrsula continuaba formándolas y su labor también incluía enseñarles cómo enseñar a otras personas. Así, una vez Luz Romaña, Rosa Mendoza y Rubiela Quinto "pulieron" el bordado, comenzaron a acompañar procesos comunitarios con los jóvenes y ancianos del barrio Villa España. Más tarde, en 1999, brindarían clases de tejido y bordado a las familias desplazadas ubicadas en el barrio de Las Mercedes. En el trabajo de enseñanza lograron integrar a nuevas personas al proceso organizativo, tal es el caso de Fredy, quién después después de recibir los talleres fue invitado a hacer parte del grupo y hoy es uno de sus mejores bordadores y el único artesano en madera.

“(...) no solo eran la piel oscura y los cabellos afro los que caracterizaban a las muñecas producidas por estas mujeres, sino también el testimonio de resistencia a la guerra que contaban esas artesanías venidas desde esa ciudad de Colombia”.

Conforme las mujeres iban aprendiendo y enseñando, se fueron realizando también algunos pedidos de muñecas. El primer encargo vino de Europa. Por intermediación de Úrsula y de la Diócesis de Quibdó las mujeres se comprometieron a realizar treinta muñecas a mano. En el recuerdo de Luz este primer trabajo animó mucho la continuidad del grupo, pues con él recibieron los primeros ingresos propios después del desplazamiento, o como cuenta Rubiela, fue el primer fondo para defenderse en la ciudad “Llegó un día Úrsula en que dijo ‘Bueno mujeres aquí tienen esto [el dinero], tienen un poquito de material y tienen esto en efectivo, defiéndanse’. Y empezamos nosotras”.

Además de ser una fuente de ingreso, las muñecas figuraban como una forma de denuncia de los hechos que habían sufrido como mujeres negras y mestizas desplazadas; en ese sentido, no solo eran la piel oscura y los cabellos afro los que caracterizaban a las muñecas producidas por estas mujeres, sino también el testimonio de resistencia a la guerra que contaban esas artesanías venidas desde esa ciudad de Colombia.

Los pasos que recorrían estas mujeres se parecían a los que años antes habían recorrido las arpilleristas chilenas. Ellas, siendo madres y familiares de los desaparecidos por la dictadura militar presidida por el general Augusto Pinochet entre 1973 y 1990, se capacitaron con ayuda de la Vicaría de la Solidaridad en la elaboración de bordados como una alternativa económica ante la imposibilidad de ejercer otros trabajos. Sus creaciones se conocieron en varias partes del mundo y fueron inspiración para muchos procesos porque no solo eran bellas piezas elaboradas a mano, sino también porque eran un medio de comunicación y denuncia de las violaciones a los derechos humanos que se vivían en su país.

Luego de este pedido de muñecas vinieron otros, entonces surgió la necesidad de decidir un nombre para el grupo. El primero de ellos fue Muñecas Negras, pero meses después, sintiendo que ese nombre no alcanzaba a narrar los sentidos de su agrupación, optaron por cambiarlo a La Amistad, uno que tampoco perduró mucho. Se necesitaba un nombre que lograra definir tanto la actividad económica que ejercían como las motivaciones que habían propiciado su encuentro. Entre muchas opciones, el elemento identitario que finalmente les daría la idea para el nombre fue el árbol de Choibá, una especie que crece a lo largo de toda la cuenca del Atrato y se destaca por la fortaleza de su madera y sus bellas flores. La fuerza del Choibá les recordaba cómo ellas habían sabido resistir a las adversidades vividas a partir del desplazamiento de sus territorios, como lo narra Luz:

> "Nosotras le pusimos al grupo Choibá porque en el momento del desplazamiento hemos sido unas mujeres resistentes, resistentes a la lluvia, al sol, a las caminatas, a las hambres, a la discriminación, a todo lo que en Quibdó les dio gana de colocarle a los desplazados, porque si había un malo era desplazado, una mala era desplazada, un estudiante no podía entrar al colegio que quisiera porque era desplazado".

De igual manera, no muy lejana a la idea de resistencia, la tonalidad morada de las flores del Choibá significaba para ellas los lutos llevados a partir de la guerra, enfatizando así que ellas también eran un grupo que, en cada retazo de tela recortado, cosido o tejido, construían memoria colectiva sobre sus familiares muertos y/o desaparecidos.

Como los pedidos aumentaron las mujeres también vieron la necesidad de crear condiciones para formalizar su trabajo. El primer requerimiento era un lugar donde todas pudieran trabajar conjuntamente sin tener que distribuirse las tareas para las casas. Ante esta situación, Úrsula les ofreció el sótano de su casa y una máquina de coser para construir el que sería el primer taller de Artesanías Choibá.

A las muñecas negras ya se sumaban otra serie de productos como llaveros, manteles, individuales, delantales, camisas, vestidos y bolsos, lo que obligaba a las mujeres a tener un mayor orden y formalizar sus gastos y ganancias. Es así como deciden trabajar como un grupo de economía solidaria donde los ingresos eran equitativos para todas.

Tras unos meses de trabajo en el sótano, las mujeres se dieron cuenta que necesitaban otro espacio, pues este no cumplía con las condiciones para realizar la labor del tejido en tanto no tenía entradas de luz natural y no había mucho espacio para almacenar los pedidos. La necesidad de encontrar un local que les permitiera trabajar y ofrecer sus productos se hizo inminente. Ahí comenzó un largo recorrido por varias instancias de la ciudad que comenzó en la Casa Comunal de Villa España y terminó en 2003, cuando la COVIJUPA les cedió una amplia casa ubicada en el barrio La Subestación para la formalización del taller. Durante los mismos años, las artesanas de Choibá también encontraron un local en el centro de Quibdó para la apertura de un punto de venta exclusivo para sus productos.

Trabajo para la memoria y la resistencia

El crecimiento del proyecto productivo de Artesanías Choibá no reemplazó su trabajo organizativo como mujeres víctimas del conflicto; el sentido inicial del tejido y las manualidades como una herramienta para la sanación y la construcción de memoria no se abandonó. Cada encuentro para trabajar era también un encuentro para compartir el duelo e intentar eliminar las heridas "poquito a poquito".

En cada encargo enviado por las artesanas de Choibá se incluía la frase "Hecho a mano por mujeres que resisten en medio del conflicto", lo cual no dejaba de denunciar y reivindicar el ejercicio de resistencia y memoria de la agrupación. En el mismo sentido, su labor como profesoras persistía en el acompañamiento a otros grupos comunitarios como una manera de capacitar a más personas víctimas del conflicto en la construcción de alternativas económicas. De su trabajo pedagógico resulta la elaboración y distribución de cartillas instructivas para los grupos que encuentran en el tejido y el bordado las posibilidades de iniciar un proyecto productivo y social que dignifique la vida.

Las mujeres tampoco dejaron de asistir a las actividades y asesorías que la COVIJUPA programaba regularmente para acompañar los procesos de ayuda humanitaria y reparación de las familias víctimas. Los asistentes a estos encuentros provenían de múltiples procesos organizativos, desde indígenas hasta mujeres afrocolombianas, que estaban allí para capacitarse y crear iniciativas para el fortalecimiento de sus actividades. Gracias a esto las mujeres de Choibá se encontraron con otras formas de resistencia con las que han compartido escenarios de lucha, defensa y reclamación a lo largo de 20 años.

"En cada encargo enviado por las artesanas de Choibá se incluía la frase "Hecho a mano por mujeres que resisten en medio del conflicto", lo cual no dejaba de denunciar y reivindicar el ejercicio de resistencia y memoria de la agrupación".

De estos encuentros surgió, por ejemplo, la transformación de la antigua Capilla del Convento de los Misioneros Claretianos en la actual Capilla de la Memoria de la Diócesis de Quibdó. Con el objetivo de crear un lugar dedicado a todas las víctimas que el conflicto armado ha arrebatado al territorio chocoano, varias organizaciones y representantes de la Diócesis adecuaron este lugar como un templo para cobijar a aquellos familiares que aún los lloran. Las mujeres de Artesanías Choibá se articularon a este proceso bordando los telones que conforman el memorial de la capilla con los nombres de todos los casos de niños, niñas, jóvenes y adultos muertos y/o desaparecidos por la guerra que están registrados por la COVIJUPA.

Entre otras iniciativas se encuentra la creación de la Feria Alternativa, Justa y Solidaria, un evento organizado desde 2004 entre la Diócesis, grupos de artesanas y artesanos locales y diferentes organizaciones sociales, donde varios proyectos productivos alternativos de mujeres de Quibdó y otros municipios chocoanos ofertan sus creaciones para motivar su comercialización. Cada año, al lado de las artesanías de Choibá, se encuentran productos medicinales, alimentos, bolsos, collares, pinturas, aretes, velas, tallas de madera, ropa, entre otros elementos elaborados artesanalmente por agrupaciones que buscan alternativas para salir de los circuitos de las grandes economías excluyentes y dañinas de la región, como la minería y la industria maderera, que por el vertimiento de sustancias contaminantes a los ríos afectan los circuitos de vida naturales y sociales de las comunidades ribereñas.

Del contacto con otros grupos, las mujeres de Artesanías Choibá también han articulado otras luchas a su quehacer organizativo, expandiendo sus preocupaciones sobre el desplazamiento y el conflicto armado a preguntas por las violencias contra las mujeres y la destrucción del medio ambiente. Algo de esto se evidencia en la colaboración entablada con la Ruta Pacífica de las Mujeres, organización que, al tener contacto con redes internacionales como Mujeres de Negro, las ha articulado a diferentes movilizaciones a nivel mundial, haciendo que su labor de memoria y reclamación de derechos trascienda lo local.

Así, por ejemplo, en 2012 las mujeres de Choibá construyeron con la Ruta una réplica en tejido del Plantón de las Mujeres de Luto Víctimas del Conflicto Armado, un acto que ellas realizan en fechas significativas en la Catedral de Quibdó para rememorar a sus familiares muertos por el conflicto; esta obra de tejido ha viajado a exposiciones en varios lugares del mundo, pues desde 2017 hace parte de la colección *Conflict Textiles* y del repositorio de textiles *Conflict Archive in the Internet* (CAIN) en la Universidad de Ulster de Irlanda del Norte, posibilitando a las artesanas de Choibá compartir sus historias con otras mujeres y conocer otras experiencias de resistencia y denuncia de vulneración a los derechos humanos alrededor del tejido.

Después de 20 años

Tejer y tejerse entre ellas para resistir y sobreponerse colectivamente a las consecuencias del desplazamiento forzado en Chocó ha sido el motor de las artesanas de Choibá durante 20 años. Hoy, cuando este fenómeno aún se presenta, ellas continúan elaborando muñecas, cortando telas, bordando linos para responder a los grupos armados y al Estado cómplice de su exclusión y marginación. Cada día, las ocho mujeres y el único hombre que conforman el grupo base de Artesanías Choibá tratan de articular más personas o "sembrar más semillitas" en los grupos barriales. Algunas integrantes, como Rubiela y Edilma, han motivado también la integración de sus hijas y nietas a las actividades del tejido y el bordado para lograr una continuidad en su lucha. Estos han sido años en los que también han despedido a amigas e integrantes como Rosa Mendoza y Lucía Jiménez, quienes murieron en 2017 dejando la huella de dos historias de vida cuya capacidad de resistencia debe replicarse.

Con sus manos, las mujeres de Artesanías Choibá narran su camino y su lucha como un grupo de resistencia femenina capaz de responder pacíficamente a las consecuencias de la guerra. Desde la esfera cotidiana del trabajo del tejido y las manualidades disputan poderes a escala local y nacional, reivindicando su lugar como mujeres que, aunque desplazadas, luchan por mantener su dignidad. Cada tejido, muñeca o artesanía hace eco en la cualidad que las ha mantenido, como el árbol del Choibá, resistiendo: la fuerza colectiva.

Bibliografía

Sistema Nacional de Información sobre Población Desplazada por la Violencia en Colombia-RUT. (s.f.). Población en situación de desplazamiento albergada en “El Coliseo” y “Los Silos” en Quibdó, Chocó. *Boletín RUT informa sobre desplazamiento forzado en Colombia* (14-15). Recuperado de http://www.disaster-info.net/desplazados/informes/rut/choco/index_print.html

Verdadabierta.com (14 de junio de 2011). “La telaraña de los ‘paras’ en Urabá”. En *Verdadabierta.-com.* Recuperado de https://verdadabierta.com/la-telarana-de-los-paras-en-uraba/

Pontificia Universidad JAVERIANA Bogotá

Fundación Universidad de Antioquia

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA